

MISERICORDIA: LA PUERTA AL CORAZÓN DE CRISTO

Meditación – 2025

Continuamos estos Ejercicios Espirituales de Cuaresma en los que somos invitados por el Espíritu Santo a hacer una peregrinación interior y a encontrar en el centro de nuestro ser la presencia de un Dios que nos ha llamado a la vida, sin saber por qué. Que nos ha invitado a vivir, y en esa invitación a la vida quiere o tiene un plan para cada uno de nosotros, un proyecto para hacernos partícipes de su gloria.

El título de la meditación de hoy es uno de los títulos más bellos que se pueden predicar o enseñar, que es la Misericordia.

La Misericordia es el nombre del amor cuando se encuentra con la miseria, con la pobreza y con la debilidad humana. Es el atributo que más veces sale en toda la Sagrada Escritura.

Ya en el Antiguo Testamento se oía «*misericordia quiero y no sacrificio*», y ahora que estamos en Cuaresma y hablamos del ayuno, el ayuno que Dios quiere es ese ayuno que nos hace pensar más en los demás, esa limosna, esa oración que no es una oración egocéntrica y una oración para nuestro enriquecimiento espiritual, sino siempre con esa dimensión de la caridad.

¿Qué significa la misericordia?

La misericordia en Dios significa que Dios es amor, y dentro de la Trinidad -por supuesto que es una corriente de amor que nunca se ha extinguido ni se va a extinguir- eso sucede dentro del misterio de Dios, pero la relación de Dios con cada ser humano es una relación de misericordia, que nos quiere con [nuestros] límites, débiles, frágiles.

1- ¿NOS SENTIMOS AMADOS POR DIOS ASÍ COMO SOMOS?

Por eso el Papa Francisco, que probablemente quede para la historia como el Papa que más insistió en la misericordia en el sentido de que, ¿os acordáis cuando hizo ese año de la Misericordia especial, nombró misioneros de la Misericordia y quiso que todos consideremos que el rostro del Padre es un rostro de misericordia? Quiso un Año Jubilar y nos decía que nos invitaba como a atravesar la puerta de la misericordia para ver qué nos encontrábamos.

Nosotros también en esta meditación somos guiados por el Espíritu a atravesar esa puerta que es el Corazón de Cristo, un corazón abierto para que entremos y ver qué encontramos en el Corazón de Cristo. En el Corazón de Cristo encontramos esa misericordia que es fuente de paz, de serenidad y de alegría, las tres cosas.

Fuente de paz

Paz, ¿por qué? Porque la Misericordia de Dios lo primero que nos dice es: “te quiero como eres ahora, te quiero como has sido siempre y te quiero como vayas a ser”, es decir, no te quiero por tus méritos, no te quiero por tus virtudes, no te quiero por lo bien que lo haces, sino que **te quiero por el mero hecho de existir**.

Decía Josef Pieper, este filósofo alemán, cristiano, católico, que **amar a alguien es decir: “es bueno para mí que tú existas”**, y por tanto cuando Dios nos declara ese amor. Igual que la mamá o el papá quieren a un bebé, y el niño no puede hacer nada para merecer su amor, más que su indigencia, su vulnerabilidad, un necesitar de los demás y sin embargo un niño es capaz de arrancar un torrente de amor de sus padres gratuitamente, así es como es el Corazón de Cristo, que es en definitiva el espejo del corazón del Padre. «*Quien me ha visto a mí -dice Jesús- ha visto al Padre*», y por tanto nos asomamos al Corazón de Jesús y contemplando su misericordia nos da paz.

¿Por qué? Porque en definitiva esas guerras que a veces tenemos interiores de “tengo que ser mejor”, “tengo que conseguirlo...”, esas culpas que a veces arrastramos durante años y que pensamos que nos puede apartar del amor de Dios el ser tan culpables, se desintegran en la Misericordia divina. No te esfuerces más, te voy a querer igual, **tu único trabajo es dejarte querer por mí en tu debilidad**.

Por tanto es fuente de paz porque terminan las guerras. Dios no quiere que te hagas guerra en sentido que te aborrezcas, que tú seas tu propio enemigo, que vivas toda la vida pendiente de unas culpas, de unos errores, de unos fallos que han hipotecado constantemente tu vida -bien tú o bien tu familia, bien tus padres que te han podido marcar con heridas, con cosas-. Hoy que se habla tanto de las heridas y es verdad, cada vez lo vemos con más claridad que la historia de un ser humano es la historia de mucho dolor, mucho sufrimiento causado por los demás o incluso causado por nosotros mismos. El Señor te dice: **“paz, todo está bien, así es como te quiero, no te quiero a pesar de tus pecados, te quiero a través de tus pecados, no te quiero a pesar de tus heridas, te quiero a través de tus heridas porque tus heridas igual que mis llagas en la Cruz son la puerta abierta”**. Y Tú, Jesús resucitado con tus llagas abiertas te presentaste a los discípulos, tus llagas son también para Jesús, esa puerta abierta donde Él puede entrar y por tanto tienes que tener paz, no te quiero, “aunque” o “a pesar de”, sino **te quiero porque eres así**.

Eso no significa que tengas que pactar con tu mediocridad, eso no significa: “pues bien como soy pecador y Dios me quiere así pues eso significa que no hay nada más que hacer”. No es así, Dios por supuesto que pondrá dentro de ti un deseo muy grande y una gracia muy eficaz para que te vayas configurando con Cristo, para que de un modo natural, desde dentro de ti, por una cierta repugnancia que te saldrá de un modo espontáneo hacia lo que es el mal, el pecado, te irá transformando.

Fuente de serenidad.

En segundo lugar, también la misericordia es **fuentes de serenidad**. Yo he comprobado que muchas personas vamos por la vida constantemente pendientes: “tengo que gustar a

este”, “tengo que agradar al otro”, “me tienen que aprobar...”, esa famosa anécdota que contaba Chus Villarroel, el famoso dominico -que en paz descanse- que tanto bien nos hizo a tantos, que una vez se le presentó en su parroquia una mujer que le preguntó medio en broma medio en serio:

“_¿Dónde está el papel para dimitir de madre de familia y de esposa?”

Y se reía y le decía, “_Pero ¿por qué?”,

“_Porque cuando llego a casa tengo que ser la mejor economista, la mejor psicóloga, la mejor costurera, la mejor cocinera, la mejor madre, la mejor esposa y tiene que estar todo siempre bien y al final me paso todo el día con la lengua afuera queriendo como que todo esté siempre bien y eso sí, en cuanto hay el más mínimo fallo, “mamá que no hay comida, mamá que no te has acordado...”, y es que no sé si al final me quieren por todo lo que les doy o me quieren solamente por lo que soy”.

Recuerdo una anécdota que viví en la parroquia en la cual una mamá me venía a decir, también un poco decepcionada, que había descubierto que su hijo no la quería de verdad, que todos los días al llegar del cole le pedía chocolate, “mamá dame chocolate”, ella le daba una onza, “qué bien cuánto te quiero mamá, eres la mejor, mamá”, “dame chocolate”, así durante mucho tiempo hasta que un día a la pobre se le olvidó en la compra poner el chocolate y no había, y cuando llegó el niño dijo “hijo hoy no tengo”, “eres la peor, no te quiero”, dice (la madre) “no me quería a mí, quería lo que yo le daba”.

Qué bonita es esta apreciación, porque es que Jesús no te quiere por lo que das, te quiere por lo que eres, aunque no des nada. Es como el niño que puede querer a su madre o el padre o la madre que quiere al niño, aunque no le dé nada, es que nuestro amor no puede estar condicionado a la calidad, a la correspondencia, al bien hacer de los demás, y por tanto la misericordia es fuente de serenidad ¡quítate toda tensión!, no tienes nada que demostrar a nadie. Quien te quiere bien te tiene que querer como eres, quien te quiere bien o te quiere desde la perspectiva del amor de Dios o si tienes que estar constantemente teniendo que demostrar que eres digna de amor, que eres digno de cariño, que te mereces que te quieran, eso es un sinvivir.

Por eso digo que la misericordia es fuente de serenidad porque siempre tendremos el recurso de cuando nos encontremos con Dios de poderle decir: “Señor en Ti descanso”, ¿por qué? porque sólo contigo no tengo nada que demostrar. Me siento delante de un Sagrario o me siento en mi casa tranquilamente delante de una imagen y digo: “¡ay Señor que bien!, no tengo que dar la talla, no tengo que demostrar nada, no tengo que ser el número uno, no tengo que rendir. No. Contigo quietos los dos, mirándonos, serenos, yo encuentro la serenidad que necesito para vivir”.

Fuente de alegría.

En tercer lugar, decía el Santo Padre que la contemplación de la Misericordia es una **fuentes** de paz, de serenidad, pero también por qué no decirlo, **de alegría**. Saber que yo le hago feliz a alguien, saber que **yo soy la felicidad de Dios**, que siendo tan necio, tan torpe a veces, tan ignorante, tan limitado, ¡que Dios está entusiasmado conmigo!, y eso es una

fuentes de alegría porque ¿qué nos hace más felices? saber que nuestra vida hace feliz a otra persona. Y ten la seguridad, que a Dios le haces muy feliz, claro que sí, porque a pesar de que tengamos límites, de que nos caigamos, de que nos equivoquemos, que seamos torpes, Dios está encantado con nosotros, **somos el nombre de la felicidad de Dios** y eso tiene que ser una fuente de alegría porque dices: “para alguien soy importante, para alguien soy el que más, alguien que me mira con los ojos de madre, con los ojos de padre, con los ojos de amigo, con los ojos de hermano, con los ojos de esposa, de esposo, alguien que me mira así, incluso con admiración”.

La misericordia, condición para nuestra salvación.

Por eso comprendéis y por eso enseña también la Iglesia y en este caso el Santo Padre que la misericordia es la condición para nuestra salvación. No nos podemos salvar si no es por la misericordia divina.

Santa Teresita del Niño Jesús lo decía muy explícitamente pensando, cuando fuera el momento de su muerte, que ella no confiaba en sus méritos personales, ni que hubiera hecho muchas penitencias, ni muchos rosarios ni muchas mortificaciones decía: “yo cuando llegue allí solo llamaré la atención sobre la misericordia del Señor y le diré Señor si eres misericordioso y yo soy miserable deseo ser amada por Ti”. Y esto realmente es nuestra esperanza, es nuestra salvación.

Lo que va a provocar nuestra salvación no es que nos presentemos ante Dios llenos de medallas, llenos de méritos, llenos de obras buenas sino que lo que nos va a provocar o va a dejar que suceda la salvación en nosotros es su amor misericordioso, que nos quiere en nuestra debilidad. Y por eso fijaos que toda la labor de la Iglesia y toda la labor de nuestro Señor Jesucristo para nosotros es que pudiéramos alcanzar misericordia, recibir la misericordia y sabernos amados tal y como somos, para después una segunda parte, practicar la misericordia.

2- PRACTICAR LA MISERICORDIA

Es bueno considerar que Dios me quiere así, es bueno dejarme amar en mi debilidad y es bueno gozarme en ese hecho, pero atención: la segunda parte es que nosotros tenemos esa necesidad, obligación -llámalo como quieras-, de “practicar la misericordia”: **el amor que hemos recibido lo tenemos que regalar.**

Ninguna gracia que se nos da suele ser en beneficio propio. Normalmente las gracias que se nos dan son para que nosotros seamos instrumentos del amor de Dios y desde nosotros Dios pueda llegar a otras personas con su luz, con su compañía, con su ternura, con su claridad, con su fidelidad. De hecho, si lo pensamos, todas las gracias de Dios que hemos recibido en nuestra vida -o la mayor parte de ellas-, han sido a través de personas que han sido fieles a la misericordia de Dios.

Esa es **la esencia de ser cristiano: la gratuidad del amor de Dios**. Dios no comercia con el amor. Yo incluso puedo decir que Dios no me quiere para que le quiera, me quiere con independencia de mi correspondencia, me quiere sabiendo que no le voy a poder

corresponder nunca tanto como Él se merece, pero si yo me sé amado por Él, puedo dejar que entre su salvación dentro de mí, en mi debilidad.

Qué bonito saber que cuando uno es amado así es como realmente tiene que amar a los demás: practicando la misericordia.

Decía san Juan Evangelista en unas cartas que escribió al final de su vida: «*Si no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve*» (1 Jn 4, 20-21), es decir se ha querido vincular el amor de Dios al amor a las criaturas. De hecho, cuando Simón Pedro recibe la misericordia de Jesús y es perdonado después de su negación, y Jesús le pregunta: «*Simón ¿me amas? Señor te amo. Él le dijo: Apacienta mis ovejas. Le pregunta Jesús a Simón ¿me quieres? Señor te quiero. Apacienta mis corderos*» ¡qué bonito!, porque aquí el cordero tiene un matiz de debilidad y por tercera vez le preguntó: «*Simón hijo de Juan ¿me amas más que estos?*» y Pedro contesta con humildad, «*Señor tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero*», (Jn 21, 15-19); tú sabes mi historia sabes que he sido un traidor, que te he negado delante de una criada, que he sido un cobarde, pero sabes que te quiero.

Que frase tan bonita para todos nosotros: Señor Tú sabes mis torpezas, Tú sabes mis cobardías, Tú sabes mis flojeras pero sabes también que junto a toda esa pequeñez, yo te quiero. Quererte es de las cosas más bonitas, de las cosas más grandes que me pueden pasar en mi vida; podría ganar premios, podría tener una familia maravillosa, podría tener éxito profesional, personal pero lo más grande que ha pasado en mi vida es que Tú me quieres y que yo te puedo corresponder un poquito, y nosotros deberíamos preguntarnos si realmente fuéramos amados por Dios ¿sabemos transmitir ese amor que hemos recibido?

La segunda parte de esta meditación es que nos preguntemos cómo practicamos la misericordia que hemos recibido.

¿Dónde recibimos la misericordia de Dios?

En Eucaristía, por supuesto en el Sacramento del Bautismo que nos incorporó a Cristo, nos perdonó todos los pecados, nos hizo hijos de Dios, es la gran misericordia del Bautismo. A partir de ahí en los Sacramentos de la Iglesia: en la Confirmación, en la Eucaristía, especialmente en el Sacramento de la Penitencia, -en la confesión cuando vamos a un sacerdote le decimos: quiero entregarle a Jesús mi envidia, mi ira, mi lujuria, mi pereza, mi codicia, “Señor yo te lo entrego”.

Tienes que saber que Jesús en ese momento toma tu pecado lo pone en su Corazón y con su Sangre Preciosa lo desintegra. Precisamente Jesús subió a la Cruz para desintegrar nuestros pecados con su Sangre Preciosa. Yo me voy a confesar y con sencillez: “Señor esto no ha salido bien, esto no lo he querido hacer, me siento culpable de esto y de esto, todo te lo entrego”. Y, ¿cuál es la respuesta de Dios?: te quiero. Te quiero así, dame tu pecado que Yo a cambio te devuelvo mi belleza. Dame tu fealdad que Yo te doy mi belleza. Dame tu tiniebla que Yo te devuelvo mi luz. Dame tu inseguridad que Yo te devuelvo una absoluta confianza, porque siempre he confiado en ti. Por eso el Sacramento de la Reconciliación se llama también el Sacramento de la Misericordia.

Es una fortuna y es una gracia de Dios maravillosa poder encontrar sacerdotes que nos confiesen, hay que pedir a Dios que los sacerdotes seamos muy fieles, que estemos mucho tiempo a disposición de nuestros feligreses para poderles escuchar y sobre todo para poderles absolver. La palabra “yo te absuelvo” es una de las palabras más bonitas que se pueden pronunciar en la Iglesia. “Yo te absuelvo” significa: yo te desvinculo de tus pecados “yo te absuelvo de tus pecados” -decimos en el momento clave- “yo te absuelvo”, yo te desvinculo, tus pecados ya no son tuyos los ha comprado Jesús con su Sangre y ya no te pertenecen a ti, podrán formar parte de tu memoria, podrán formar parte de tu historia personal pero ya no forman parte de ti porque, has sido desvinculado de tus pecados. Es la sensación de libertad, es una sensación de gozo.

A mí lo que más me impresiona de la confesión, es que cuando yo me confieso y le entrego a Dios -a veces con vergüenza- mis pecados y me perdona, Él, como conoce el futuro, sabe todos los pecados que voy a hacer el día de mañana, y sin embargo ¡me sigue perdonando!. Otras personas a lo mejor dicen: “no, como vas a hacer lo mismo no te perdono”, y Él siempre nos perdona, aunque conozca lo que va a ser el resto de nuestra vida su perdón siempre va a estar a nuestra disposición.

Fijaos que bonito, cuando el buen ladrón al lado de Jesús -un hombre delincuente, convicto-, que tendría pecados lo suficientemente importantes y delitos como para ser llevado al patíbulo de la cruz, y sin mérito ninguno le dice: “*Jesús acuérdate de mí cuando estés en tu Reino*”, le entregó, le reconoció Rey y le reconoció la autoridad de Salvador y le entregó su vida en ese momento, así de sencillamente y Jesús le contesta: “te lo prometo hoy vas a estar conmigo en el paraíso, por esa confesión que has hecho de creer en mi poder misericordioso estarás conmigo en el paraíso”.

¿Cuál es mi conducta respecto a las negligencias y debilidades de los demás?

Volvamos al hilo conductor ¿cuál es mi conducta respecto a las negligencias, a las debilidades de los demás? Sí, reclamamos misericordia para nosotros, pero ¿la practicamos? Cuando rezamos el Padre nuestro decimos: *«perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden»*. Y ahí cada uno nos tendríamos que preguntar cuál es nuestra actitud cuando las personas con las que convivimos, las personas con las que trabajamos nos molestan, nos decepcionan, e incluso nos pueden agredir o su desamor, o su distancia nos hacen mucho daño.

Es muy fácil tener misericordia, “¡ay! pobrecita esta persona que no puede andar o pobrecito este que tiene una enfermedad gravísima”, en eso es fácil tener misericordia. Lo difícil es tener misericordia con las enfermedades por ejemplo psicológicas, las personas que tienen depresión, las personas que tienen trastornos mentales severos, las personas que no saben salir de ciertas cárceles de adicciones y, por supuesto también tener misericordia con esas actitudes a veces hirientes y duras: hijos a lo mejor por los que lo has dado todo y nunca te van a mirar a la cara, personas que las has tratado bien y no solamente no te miran a la cara sino que incluso ahora te están atacando y se están aprovechando de ti y, por eso Jesús dice: hay que practicar la misericordia.

La misericordia no significa ser tonto, la misericordia no significa decir: “¡ay que no pasa nada, que no te importe!”. La misericordia significa decir: “mira, sé que me estás haciendo daño, sé que me has herido pero precisamente mi respuesta no puede ser la misma que la tuya, no voy a entrar en esa dimensión del odio, de la venganza, del rencor sino que voy a contestarte con amor, a lo mejor no te voy a dar un abrazo porque es que no puedo verte, o a lo mejor no te voy a decir que bien me caes, es que no me caes bien, pero no voy a dejar de amarte aunque sea diciendo una breve oración por ti cada día para que el Señor te conceda la gracia de la sanación del alma”. No es imposible amar a los enemigos cuando realmente lo único que nos pide el Señor es que haya un movimiento en nuestro corazón de benevolencia, de querer su bien a pesar de que ellos estén provocando nuestro mal. Y esto es muy difícil.

Que pena da cuando incluso en nuestra convivencia familiar estamos con la escopeta cargada, a lo mejor las personas de servicio que están en nuestra casa porque no aciertan, me afecta fatal y la regañamos a lo mejor como con impaciencia, o cuando llevamos muchos años de convivencia, los esposos cristianos a veces se chinchán y se dicen “y tú más y yo menos” y “¡déjame!...” y todos esos momentos en los que nos salta muy natural un poco más agresivo y un poco más juzgador y condenador.

No digo nada de las personas esas que van criticando constantemente a todo el mundo, incluso hay programas de televisión que se dedican a “sacar las tripas de las personas” para que la gente se haga juicios negativos de esas personas, y los cristianos nos quedamos tan frescos, “no... es que es muy entretenido, es que es muy divertido, a mí me distrae”, pero hay programas que son específicamente para lo negativo y para lo malo y eso un cristiano ¿puede practicarlo?

Por eso sí que es importante que nos preguntemos cómo estamos practicando la misericordia con los demás.

Jesús habla en las parábolas de la misericordia de la oveja perdida, como el pastor va detrás de ella para ver si la puede recuperar o incluso, la parábola del hijo pródigo, cuando el Padre no sale a por el hijo -sabe estar en su lugar- pero cuando el hijo vuelve, en vez de reprocharle le abraza, le besa, le pone el mejor traje, mata un ternero cebado. Y el hijo mayor, que había sido tan cumplidor no había entendido nunca, **no había gozado nunca del amor de Dios**, pensando que lo que tenía que hacer era **agradar** a su padre, cumplir con un protocolo pero nunca se había bañado en el amor de Dios, nunca había descansado en el amor de Dios.

Jesús nos pide que, puesto que hemos recibido ese don, que no nos lo guardemos. Jesús nos pide que practiquemos la misericordia: *«no juzguéis no seré juzgados, no condenéis no seréis condenados, la medida que uséis la usarán con vosotros, sed misericordiosos y recibiréis misericordia»*.

Es bonito que ahora, en este tiempo cuaresmal, que de algún modo le pidamos al Señor un examen de conciencia respecto a si estoy practicando la misericordia. Si realmente ante los defectos ajenos le pido a Dios un poco más de paciencia.

Yo siempre hablo de la **limosna del silencio**, el silencio a veces es un gran regalo cuando alguien dice una impertinencia, es inoportuno, pues en vez de machacar ¿por qué no le amas con tu silencio y lo dejas pasar un poco?

Obras de misericordia

Por supuesto están esas obras de misericordia que todos nosotros hemos aprendido y que podemos practicar: las obras de misericordia corporales, las obras de misericordia espirituales y que están a la disposición y en la posibilidad de todo el mundo.

Cuando Jesús luchaba con los fariseos -en el sentido de que luchaba dialécticamente- porque quería sacarles de su error les decía: a ver si aprendéis lo que significa *«misericordia quiero y no sacrificio»* a ver si lo sabéis, a ver si lo aprendemos.

Decían de las monjas de Port Royal -que era un monasterio jansenista francés- que “eran castas como ángeles y soberbias como demonios” porque lo hacían todo tan bien, tenían siempre tanta razón, estaban tan bien instruidas que estaban por encima del bien y del mal, y tenían una soberbia máxima, porque en el corazón o hay misericordia o hay soberbia.

Cuando juzgamos a alguien, cuando despreciamos a alguien, en el fondo estamos siendo soberbios porque nos creemos que somos superiores. Y no quiere decir que las obras sean buenas, las obras que están mal están mal y no podemos ser tontos ni ir con un lirio en la mano por la vida como queriendo cerrar los ojos a la realidad. Ser misericordioso no es lo mismo que ser tonto, ser misericordioso no es dejar que te aplasten, ser misericordioso no significa que te insulten y ¡ah qué bien! No, para que haya amor tiene que haber justicia y la justicia llama a las cosas por su nombre.

A Jesús cuando le pegaron un tortazo en la Pasión dijo: *«¿por qué me pegas? ¿qué es lo que he dicho mal?»* es decir vivió en la verdad. Nosotros también de algún modo ese practicar la misericordia no es una invitación a ser torpes, o a dejarnos aplastar, o a perder personalidad o a dejar que la gente que tiene más cara dura se aproveche constantemente. No es eso, hay que vivir la legítima defensa que significa no dejar que me agredan si me quieres agredir y cualquier cosa que yo te vaya a dar, la doy de todo corazón, con todo el cariño pero no porque me lo exijas, o no porque me lo reclames como si fuera un derecho que tú tienes, sino porque he decidido quererte así.

Y, Jesús dice en las Bienaventuranzas: *«dichosos los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia»* y **¿quiénes son los misericordiosos?** ¿los que se dejan aplastar? No, los que practican la misericordia en el sentido que no juzgan, que no desprecian, que no se resisten a dejar de amar a las personas que se han olvidado del amor y, sobre todo, que son capaces de amar por encima de los defectos.

Algunas personas creen que para amar a alguien hay que admirarle, “es que a mi marido ya no le admiro” o “a mi mujer ya no la admiro”, pero le puedes seguir queriendo, si precisamente el amor es más auténtico, el amor es más profundo, el amor es más verdadero cuánto más es capaz de sobreponerse a los límites tuyos y los del otro. Cuando el amor es de verdad, es un amor a prueba de bombas, es un amor a prueba de traiciones, es un amor

a prueba de heridas, siempre que la otra persona se deje querer evidentemente y, si no se quiere dejar querer, aunque sea en la distancia la vas a poder seguir queriendo.

Por eso qué bonito, qué descansado y qué grande es el mensaje de que la identidad de Dios es Misericordia. Dios es Amor, lo hemos dicho al principio, pero ese amor cuando se encuentra con cada uno de nosotros se convierte en misericordia. Y por eso Jesucristo es el rostro misericordioso del Padre.

A veces nos preocupa ¿qué pasará cuando me muera? ¿cómo me juzgará Dios? ¿me castigará, me condenará, me reprochará cosas? el mismo Dios que recibes en la Eucaristía, el mismo Dios que en la confesión te absuelve de tus pecados, es el mismo con el que te vas a encontrar, basta con que recuerdes, que sepas, que estés convencido que te vas a encontrar con la Misericordia.

Repito, insisto, porque podría ser un equívoco, no es un coladero para decir “¡venga que bien como Dios es Misericordia vamos a hacer todo aquello que nos dé la gana, todo aquello que nos pide el cuerpo, vamos a aprovecharnos!”.

San Pablo lo advertía: “a pesar de que el amor de Dios efectivamente es un amor incondicional y gratuito, no os aprovechéis de ese amor, no os burléis de la Misericordia, que la Misericordia es muy seria. La misericordia se manifiesta con plenitud en la Cruz de Jesucristo que es la gran señal de la Misericordia. ¿Por qué los cristianos llevamos una cruz como distintivo? porque es la señal de que tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo para que nadie muera. Entregó a su Hijo y derramó la Sangre en la Cruz por misericordia, para desintegrar nuestros pecados. Por eso nosotros en la Cruz de Cristo encontramos la esperanza, en la Cruz de Cristo encontramos la eternidad, porque la Cruz de Cristo, sobre todo en Cristo crucificado con el Corazón abierto por amor encontramos la fuente donde bebemos misericordia.

Señor ¿por qué estás ahí clavado en la Cruz? y Jesús nos dice: “por ti, porque te quiero, porque te amo, porque deseo tanto estar en comunión contigo que es mi Sangre la que puede desintegrar tus pecados y así puedes hacer una comunión completa Conmigo, sin límites, hasta el infinito, hasta el final. Por eso sí, nosotros en la Cruz, nosotros al pie de la Cruz encontramos no una tortura, no una señal de la maldad, sino encontramos en la Cruz -frente a todo el misterio de la maldad humana-, y que es mucho más poderosa que la maldad, la misericordia; y del costado abierto de Cristo bebemos cada día de esa Misericordia para después regalarla.

Quería antes de terminar recordaros que estos puntos, estas ideas, si queréis a lo largo del día, podéis a lo mejor volverlas a considerar puesto que estáis haciendo Ejercicios Espirituales, para que os pueden ayudar, para que de algún modo las hagáis más vuestras y por donde el Espíritu Santo os vaya llevando que podéis hacer cada día desde esta meditación, unos buenos Ejercicios Espirituales.

Que Dios os bendiga.